

Era de ver la avenida de Neuilly. Los niños, en su candor, jugaban con los proyectiles, como con las pelotas; y las pobres mujeres, cuyo destino parece eternamente ser la aflicción, el dolor, aguardaban trémulas, llorosas, con la cabellera esparcida sobre los hombros, y los ojos fuera casi de las órbitas, las camillas donde algunas veces encontraban heridos, y otras muchas muertos, cuyos cuerpos seguían por las calles con alaridos de desesperación que hubieran quebrantado hasta las piedras. Véanse por todas partes negros catafalcos, en cuya cima iban toscos ataúdes cubiertos de banderas rojas, que semejaban chorros de sangre, y acompañados de músicas funerarias, cuyos tristes acentos se mezclaban con los quejidos y con los sollozos. De más sencilla manera le dieron sepultura al desgraciado Flourens. Su madre reclamó los adorados despojos, y los condujo al cementerio á hurtadillas, sin darle á nadie noticia, llevando por todo cortejo fúnebre cuatro ó cinco parientes desolados, y un sacerdote, que recitó las oraciones de la Iglesia sobre la tumba del racionalista, como bautizado, enterrado en la religión oficial, por la piedad y el amor de su pobre madre.

El furor de la Comunidad revolucionaria no tuvo ya límites. La venganza se apoderó de ella y la arrastró á verdaderos excesos. El terror brotaba como en los peores días de la Convención lo mismo en el seno de uno que de otro gobierno, ambos ciegos de cólera, ambos decididos á perseguirse mutuamente hasta exterminarse. Los bienes de los ministros de Versalles fueron confiscados, y sus personas intimadas á comparecer ante la justicia del pueblo. Todo sospechoso de inteligencias con la Asamblea y su ministerio, debía ser inmediatamente requerido en acusación, y encerrado en las cárceles. Instituíase en veinticuatro horas un jurado de acusación, que conociera de los crímenes políticos, y declarara á los criminales rehenes del pueblo parisien. Todo fusilamiento de un comunero en Versalles

sería seguido del fusilamiento de tres versalleses de los retenidos en las cárceles y declarados rehenes públicos. Los hijos de los muertos en defensa de los derechos del pueblo, eran adoptados por la Comunidad. Las viudas eran premiadas con una pensión de seiscientos francos anuales. Cada uno de los huérfanos recibiría también trescientos cincuenta francos por año.

Los rehenes principales fueron Monseñor Darboy, arzobispo de París; el abate Lagarde, vicario general del arzobispado; el abate Croze, capellan de las cárceles; el padre Olivain, superior de los jesuitas; Mr. Deguerry, cura de la Magdalena; el presidente Boujean, senador del Imperio; Gustavo Chaudey, ilustre abogado, escritor republicano, antiguo testamento de Proudhon; el célebre baron Jecker que había contribuido tanto con sus éstafas á la intervención francesa en Méjico y por consecuencia á la ruina del Imperio bonapartista en Francia; sacerdotes, empleados, gendarmes, otras muchas gentes acusadas de fé monárquica ó de moderación republicana.

¡Qué días aquellos! Mientras el cañon sonaba; y las casas de los alrededores de París ardían agujereadas por la metralla; y las avenidas que pasan bajo el arco de triunfo se llenaban de camillas chorreando sangre; y las calles próximas á los cementerios veían pasar los innumerables catafalcos ambulantes que conducían á su última morada, tantos héroes, inútilmente sacrificados á los furros de la guerra civil; descubríanse por doquier los organistas ambulantes tocando sus sonatas; los titiriteros divirtiendo á las gentes con sus juegos de manos y sus escamoteos; los oficiales envenenándose lentamente con los amargos y embriagadores agenjos; las mujeres de mundo leyendo la guerra como si leyeran una novela; y los anunciadores ambulantes con sus grandes carteles en que campeaba el programa de las funciones la comedia nueva titulada el *Pato de tres picos*, que era para desternillarse de risa.

CAPITULO XCVIII.

EL MANDO DE CLUSERET.

Examinemos el mando militar del general Cluseret que sucedió al general Bergeret.

La vida de Cluseret fué bien extraña y tormentosa. Reuníanse en él calidades de escritor á calidades de militar. Pero como casi todos estos seres de dobles vocaciones, si en uno y otro de sus oficios pasaba por competente, en ambos se confundía con los más vulgares, bien lejos de brillar como él imaginaba entre los excepcionales y sobresalientes. Los rebuscadores de noticias literarias recordaban haber leído una crítica suya de las exposiciones artísticas de París en 1868, crítica de principiante, digna de uno de esos colegiales cuya cabeza atestada de nombres propios y de citas clásicas, se ocupa en todo ménos en el objeto mismo de su escrito. Baste decir que por apreciaciones políticas y sociales en artículos puramente artísticos atrajo sobre su cabeza el rayo de César, y vió suspenso primero y luego suprimido su periódico. Más sujeción á la materia, más competencia en el fondo y ménos pretensiones en la forma, acertó á mostrar en

científico trabajo de organización del ejército, donde campeaban junto á ideas inaplicables otras muchas de verdadera utilidad práctica.

Reinaba en Francia por aquellos días de la Comunidad reacción vigorosísima contra los militares literatos, á causa del triste aborto de una de las reputaciones más sólidas, de la reputación de Trochu. El director de la Defensa nacional se ganó nombre famosísimo, influjo en aquellos zozobrosos días, jefatura del gobierno, aureola de salvador, en virtud de libros militares sobre la organización de los ejércitos y la táctica escritos con gran presentimiento de lo porvenir, muy bien pensados en lo interior de su inteligencia y en el silencio de su gabinete, jamás puestos en práctica á la suprema hora del combate y del peligro. Llamábanle á una las gentes el Ollivier del ejército, porque á semejanza de este desgraciadísimo político, decía muchas cosas, y jamás realizaba ninguna. Y si á Trochu le llamaron el Ollivier del ejército, á Cluseret le llamaban el diminutivo de Tro-

chu, porque escribía y obraba muy inferiormente aun al caído ídolo de Francia.

Y habia seguido el general comunero la vida militar con todas sus peripecias, con todas sus zozobras, con todas sus aventuras, como un caballero andante de la libertad que husmea dónde enderezará entuertos, vengará agravios, combatirá y morirá por la dama sin par de su atrevido pensamiento. En edad bien temprana ya pertenecía al ejército regular y al partido republicano. Pero ¡é! tan socialista luego, hizo como si dijéramos sus primeras armas, combatiendo en aquellos cráteres de la revolucion social llamados barricadas de Junio, por 1848, á los sublevados sectarios del socialismo. Glorióse mil veces de haberle arrancado en aquella extraordinaria ocasion muchas barricadas al pueblo. Más tarde pasó á Crimea, á la guerra que daba ya ciertos aires de revolucionario al Imperio, y en cuyos espejismos veíamos rotá la autocracia rusa, emancipada la infeliz Polonia. De Crimea corrió al Africa, á sus caldeados desiertos, á sus cordilleras de fuego, á sus combates de guerrilla, á sus sorpresas y sus matanzas continuas, adquiriendo allí, en el comercio con aquella tierra, donde se engendran esas dobles naturalezas de profetas y guerreros tan poderosas é influyentes en la Historia, esa exaltacion por las ideas que á un tiempo le llevaba á la intriga y al combate. Lo cierto es que consumió una gran parte de su vida peleando por las causas justas. Primero corrió junto á Garibaldi para pugnar en desigual combate, donde sólo obraba milagros la fé en las ideas, por la resurreccion de Italia, cuya libertad debia esparcir la luz y el calor de la Grecia antigua con inextinguibles inspiraciones en el seno de la Europa moderna. Despues, cuando la República zozobraba en América, cuando los Caines del Sur apagaban tristemente con su aliento las estrellas de la democracia en la ilustre bandera de Washington; á las orillas de los grandes rios, en la inmensidad de la

pampa, á la sombra de los bosques, en una tierra completamente opuesta á la africana tierra, compartiendo la vida épica de los memorables redentores de la esclavitud, vertió su sangre en el mayor y más ilustre holocausto ofrecido á Dios y á la Humanidad por nuestro siglo.

Hasta aquí, debemos decirlo en honor del general, y en demostracion de nuestra imparcialidad, solamente habia dado motivos á la más calorosa alabanza. Pero en cuanto vuelve á Francia comienza á mezclar á sus ideas republicanas utopias lamentables y á sus esfuerzos por la libertad indecibles ambiciones. Del partido republicano moderado á que perteneció siempre, se pasa al partido republicano rojo que parecia destinado sólo á perdersenos. Inicia terrible guerra al Imperio, y parapetándose tras su condicion de ciudadano de la República americana, le suscita mil dificultades y conflictos, cuando estaban abiertas y despedian sangre las dos heridas de la intervencion y de la retirada en Méjico. Así que sobreviene la República, sus compromisos le llevan á un proceder peligroso; y su intervencion tristísima en las perturbaciones del Mediodía á una odiosa política. Durante toda la época del gobierno de la Defensa Nacional no perdonó medio alguno de perderlo y de sustituirlo. Su imprudente carta contra Aurelles de Paladines atiza el fuego de la insurreccion y contribuye á la luctuosa victoria del 18 de Marzo, que entregó la ciudad de París á la rabia de los comuneros. Desacreditados y perdidos los jefes militares, le tocó en suerte el mando supremo, en que á su vez debia perderse y mostrar cuánto más larga era su lengua que sus manos.

Así apareció como un escritor inagotable y emborrónó papel á resmas. Informes, proclamas, advertencias, instrucciones, planes salian á millares de sus manos manchadas de tinta á la verdad más que de sangre. En escrito elevado á la superioridad decia que el

gobierno de Versalles mostraba tres objetivos: primero aterrar á la poblacion por medio de un cañoneo continuo; segundo obligar á París á un gasto inútil de municiones; tercero fingir falsos movimientos como para atacar á los guardias nacionales cuando en realidad pensaba quedarse con los fuertes. A estas maniobras de Versalles oponia la serenidad de París cada vez más indiferente al estruendo; y la experiencia de los milicianos cada vez más habituados á no gastar su pólvora en salvas. Como habia de decirlo todo, resumió así el estado del ejército: excelentes soldados, oficiales óptimos unos y pésimos otros; mucha furia, escasa consistencia. Llamaba á las tropas del gobierno los prusianos de Versalles y pedia á la Guardia nacional mucha calma para permanecer á la defensiva esperando de sus enemigos el ataque, y apercibiéndose á una segura resistencia. Despues dirigió otra proclama á los guardias nacionales afeándoles sus uniformes vistosos, sus colores abigarrados, la multitud de insignias incomprensibles, las condecoraciones á granel, las áureas charreteras, los bordados y galones, el cordon al pecho, las sardinetas á la boca-manga, los churriguerescos adornos más propios de una turba de cortesanos orientales que de un sóbrio y sencillo ejército popular consagrado al culto y á la defensa de austerísima República. Aquella multitud de batallones tomaba los nombres más extravagantes, y rehuia toda clasificacion. Así Cluseret en otros escritos afeaba las continuas paradas sin objeto, los ejercicios sin motivo, el toque de llamada á todas horas, la generala todos los dias, el cañoneo continuo que aturde, exalta, aterra, y da á la fuerza el aspecto de la violencia convirtiéndola en una verdadera é incurable debilidad. Despues de esto los partes eran cada vez más pomposos en la forma aunque más vacíos en el fondo. Se emprendian reconocimientos atrevidos; se replegaban en buen orden; se causaban muchas bajas; se tenia el

más certero tiro del mundo; se espantaba al enemigo por la serenidad y por el valor. Palabras, palabras, palabras como diria Hamlet.

Seamos justos. A las palabras siguieron los hechos, aunque ninguno diera el apetecido resultado. Uno de los primeros fué el nombramiento de Dombrowski para comandante general de la plaza de París. ¿Quién era este hombre? Difícil averiguarlo, á pesar del número de cartas que acerca de su vida y de su persona inundaban los periódicos franceses. Lo que su nombre acusaba con más claridad era su origen polaco. Esta infortunada Polonia, muerta, enterrada desde hace un siglo, repartida entre los reyes del Norte, pasó por muchas de estas desgracias, y por la catástrofe última, en parte merced á la ambicion de sus vecinos, y en parte merced á la inquietud y á la indisciplina de sus hijos. Así en todos los polacos se encuentra junto á dolor profundísimo por sus desgracias históricas, á tristeza íntima por la sublime muerte que cada uno de ellos encierra en su pecho, por la patria, esa tradicional indisciplina que destruyó sus fuerzas, esa indómita soberbia individual que los arrastró á la anarquía, ese continuo desasosiego al cabo pegado á toda su nacion, la cual llegó á ser la más demente y la más epiléptica de las naciones, mezcla informe de Diosa, de Sibila y de Furia. Además de esta complexion nacional tan caramente pagada, engendrados hoy sus hijos en el dolor, nacidos entre zozobras y recelos, criados en el odio á la tiranía y en el culto á la patria muerta; con el hábito de encerrar dentro del pecho los más naturales afectos, y de vivir en la vida vulgar como en una tragedia eterna; experimentados en las conjuraciones continuas, en las emboscadas, en los levantamientos desesperados, en las duras prisiones y en los destierros á Siberia, aumentan la exaltacion natural de su temperamento con la exaltacion de su martirio. Así forman los polacos una familia extraña en el mundo, una familia como los judíos. Revolucionarios y